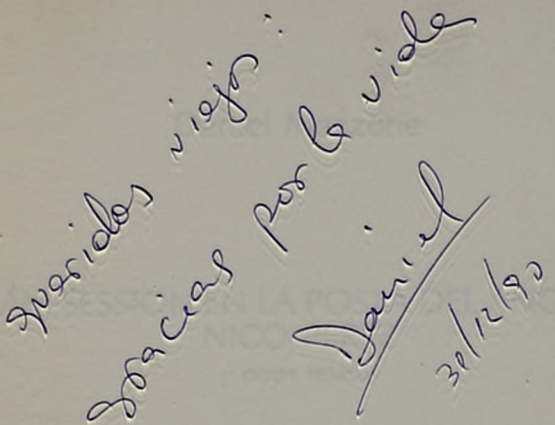
NARRADORES URUGUAYOS DE HOY · 28

Daniel
Mazzone

Jam session en la Posta del Angel, Nico Pérez.

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL


Queridos viejos:
Gracias por la vida
Daniel
30/12/93

Daniel Mazzone

JAM SESSION EN LA POSTA DEL ANGEL, NICO PEREZ

y otros relatos

Ediciones de la Banda Oriental

Narradores Uruguayos

©
Ediciones de la Banda Oriental
Gaboto 1582 - Tel. 48.32.06 - Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley
Impreso en Uruguay - 1990

LENIN, A SECAS

El 5 de marzo de 1923, unos verdes prematuros asoman tras la ventana de visillos descorridos por donde Vladimir Ilich Ulianov (Lenin), mira desvaídamente. Los violentos fríos del invierno ruso se han ido atemperando hasta alcanzar un dejo de tibieza que sin embargo no le mejora el ánimo. Ese departamento privado en el Kremlim lo traslada inevitablemente a los remotos días de la prisión, antes del triunfo revolucionario.

Ha llamado urgentemente a su secretaria María A. Volodícheva y espera. El hombre que contiene esa silla de ruedas, enjuto y disminuido físicamente, refleja en la soledad, un cierto rictus de amargura y dolor. Como si aún se resistiera a aceptar la hemiplejia que afecta a su costado derecho desde hace exactamente 79 días. El 16 de diciembre del año anterior sufrió un ataque cerebral que acabó con parte importantísima de sus funciones.

Sabe o sospecha que una nueva complicación es altamente probable y no sobreviviría. A lo sumo quedaría en condiciones que imagina insoportables. Ya no puede escribir sus artículos y le está impedido trasladarse por sí solo. Desde la primavera anterior, ha resignado la dirección de su partido en favor de Stalin, de quien sin embargo había escrito el 4 de enero: *"es extremadamente áspero y violento y esta falta, tolerable entre nosotros los comunistas, se torna inaguantable en su cargo de Secretario General, por lo que, en consecuencia, propongo a los camaradas que busquen el medio de separarlo de su puesto y nombren a otro que todos consideren superior, más paciente, más leal, diplomático, atento con sus camaradas y menos caprichoso"* (testamento).

El hombre abatido que mira el intenso movimiento de ujieres y funcionarios a través de los senderos del jardín, comprende que el tiempo esta vez no está de su parte. Pero además tiene otro enemigo; la ansiedad que lo impulsa a intensificar la actividad e inevitablemente em-

peora su estado. Y sospecha, desconfía. Teme por el futuro de esa revolución a la que entregó su vida. Y ha debido jugar todo el prestigio de su liderazgo para lograr que los médicos le permitieran trabajar apenas durante cinco minutos diarios. Sólo la llegada de Förster, el neuropatólogo alemán, lo ha tranquilizado. Supone a los demás, Kramer y Kozevnikov, bajo influencia de Stalin, lo mismo que otra de sus secretarias, Lidia Alexándrovna Fótieva.

Le niegan o retacean el acceso a la prensa diaria, a las informaciones políticas que necesita imprescindiblemente para incidir aún en el país que ama. Siente la angustia del cerco.

* * *

Cada tanto, su esposa, Nadiezda Konstantínovna Krúpskaia, se asoma a la puerta con sigilo. No le interesa ser vista. Lenin se lo ha reprochado más de una vez. Como si acaso fuera un niño. Negándose a admitir que en parte lo es.

Nadiezda Konstantínovna ha llegado nuevamente hasta la puerta. Como si fuera a pasar de largo, deteniendo un instante la marcha en el vano. Lo ve en su gesto corvo, deprimido. Quizá se arrepiente de haberlo cargado con un problema más. Sin embargo, ni en las peores condiciones se le ocurriría ocultarle un hecho como ese encontronazo con Stalin. Impensable no comentar ese insolentamiento.

Sigue de largo antes de que Vladimir Ilich la vea. El rumor sordo de sus ropajes ocupa el silencioso corredor. Presurosamente se instala en su escritorio y escribe:

"¡Lev Borisovich! (Kámenev):

Stalin se permitió ayer una salida de tono de las más groseras contra mí, a propósito de cuatro palabras que me dictó Lenin con autorización de los médicos. No data de ayer mi entrada en el partido. En el curso de estos treinta años no he escuchado nunca una sola palabra grosera de un camarada. Los intereses del partido y de Ilich no me son menos caros que a Stalin. En estos momentos tengo necesidad de todo mi dominio sobre mí misma"...

Deja la pluma en un gesto irreprimible. Presenta el aspecto de quien sabe que va a llorar e intenta controlarse. Saca un pequeño pañuelo blanco de su manga derecha y seca unas pocas lágrimas. Suena su nariz en medio de un sollozo. Toma un espejo de mano y se observa detenida-

mente. Se alisa una arruga por encima del pómulo. Vuelve a mirarse. Se toca levemente el peinado y vuelve a dejar el espejo en el cajón.

Mira el texto. Recupera el hilo y escribe *"...Sé mejor que todos los médicos de qué se puede hablar y de qué no se puede hablar a Ilich. Ya sé lo que le altera y lo que no, y en cualquier caso lo sé mejor que Stalin. No me cabe ninguna duda en cuanto a la decisión unánime de la comisión de control con la que Stalin se permite amenazarme, pero no tengo fuerzas ni tiempo para perder en una comedia tan estúpida. Yo también soy un ser de carne y mis nervios están tensos en extremo.*

Nadiezda Krúpskaia".

Firma rápidamente y sale. Han llamado a la puerta. Es la secretaria de Lenin que ha llegado.

* * *

El hombre de traje oscuro acaba de traspasar la puerta de vaivén de la confitería del Jockey Club, en la calle Rincón. Registra y goza el apresuramiento de cierta intensidad en sus pulsos mientras permanece unos instantes con ese aire de mirar.

Reconoce el clima, sus olores, la deliciosa calma de sus mesas de mármol rodeadas de butacones tapizados en cuero marrón.

Predominan los tonos severos, subidos, contrastando con el veteado en gris de la piedra marmórea.

Comienza a desplazarse lentamente por el laberinto de mesas ocupadas. Erguido, circunspecto. El bastón, levemente apoyado en el piso, rozándolo apenas.

Desde la barra, un viejo mozo que lo reconoce, se apresura a recibirlo. Ha dejado la bandeja y se acerca hasta el recién llegado, caminando con alguna dificultad, un cierto amague reumático.

—Doctor Frugoni —dice en un tono respetuoso y casi paternal—, qué alegría verlo de nuevo por aquí.

—¿Cómo le va don Anselmo? La verdad, no me esperaba encontrarlo. Me lo hacía en su casa, con la patrona y los nietos...

—Ya me ve. Soy de los que remolonean con la jubilación —responde, mientras toma el portafolios y la gabardina de Frugoni—. ¿Por dónde se desea ubicar, doctor?

—Quiero una mesa tranquila, don Anselmo, necesito trabajar unas

horas.

—Entonces le conviene aquella en el fondo. ¿Se acuerda? Si lo habré servido de veces... a usted y al maestro... pero de esto debe hacer como diez años... tal vez más.

—Uhhh... —dice Frugoni, con el gesto de alzar las cejas y asentir levemente.

El recuerdo de Rodó lo golpea. Tal como si de súbito advirtiera el por qué de haber buscado esta confitería precisamente en esa tarde. El disparador reavivó la emoción de unos meses atrás, en pos de la cureña que trasladó sus restos repatriados desde Sicilia.

Claro que hace más de diez, como quince años, que solía frecuentar esa confitería, la preferida de Rodó, y que además le quedaba de paso a la Facultad de Derecho.

Allí debatió con él acerca de Ariel y recibió en 1904 el empujón que lo llevó a dejar el batllismo y hacerse socialista.

Gratísimos recuerdos comenzaron a fluir de sólo instalarse en ese ventanal tras el que la vida podía ser vista en tonalidades menos agresivas, en el gamado más tenue de la angustia. Desde allí sentía el cobijo del espaldarazo fuerte del maestro que no le andaba prodigando prólogos a cualquiera y se prestó sin embargo a encabezar su poemario. Cómo no recordar el día en que le llevó el manuscrito que tituló "De lo más hondo", en donde preguntaba "Quién que es no es romántico", arrancándole sonrisas y efusiones al maestro. Era el año 1902, hacía exactamente diecinueve años.

Frugoni recuerda con gesto condescendiente su primitivismo. No caber en sí de gozo. Su primer libro, prestigiado por una de las plumas brillantes del país. Y sin embargo conocer ya el sabor de la temprana derrota del que quiere irrumpir en la vida con fuerza. Saber que veintiún años son suficientes para arrepentirse de haber cedido al deseo de publicar antes de tiempo. Como para querer borrar el impulso que lo lleva a uno a titular "Bajo tu ventana" y la vergüenza de encontrarse a cada paso con quienes leyeron unos versos que de tan infantiles dejaron de ser reconocidos al día siguiente de impresos.

—¿Le sirvo lo de siempre doctor? —lo sorprendió la voz de don Anselmo, llegando desde muy atrás. Pasándole una rejilla apenas húmeda a la mesa limpia.

Frugoni gira con parsimonia sin revelar el leve sobresalto de ser devuelto bruscamente a ese presente. Lo mira a don Anselmo por un

instante, reubicándose. Se recuesta con satisfacción en la butaca.

—No —dice como quien comentara una intimidad—, usted sabe que tomo mucho menos café últimamente. Un poco de gastritis... Tráigame un té con bastante limón.

* * *

El lunes 14 de abril de 1921, a las dos y media de la tarde, Montevideo bulle tras los gruesos ventanales que amortiguan todos los ruidos. Los tranvías ruedan lentamente por la calle angosta. La demolición de enfrente provee una coreografía neblinosa de derrumbe y un golpeteo espaciado de picos y mazas que destruyen. Media cuadra más allá un edificio alza el tercero de los ocho pisos que tiene proyectados. Medio Montevideo se está reconstruyendo. La pequeña aldea cuenta ya unos quinientos mil habitantes y empieza a moverse con una cadencia de aire neoyorquino mientras levanta sus primeras torres. Impresiona tanto movimiento, visto desde allí, horizontalmente. Inmerso en él; mientras se deja uno acariciar por el tacto aterciopelado de los días adolescentes, cuando se está finalizando una carrera con brillo y se dispone de un editor que dará forma de libro a unos poemas que ¡esos sí! y a cuyo frente estará la palabra de Rodó, periodista de "El Día" y diputado nacional, hombre ya de América.

* * *

Frugoni revuelve con lentitud el té que bebe casi amargo, apenas con medio terrón de azúcar. Toma uno por uno los tres trozos de limón y los come hasta dejar únicamente la cáscara. La costumbre le permite hacerlo sin que le aparezca un sólo gesto en el rostro. Su médico le ha informado que el limón en el té pierde su valor vitamínico, porque la cafeína neutraliza a la vitamina C. De ahí ese hábito que ya tiene algunos meses.

Toma un sorbo. Deja la taza en el platito. Se saca los lentes y aprieta fuertemente las sienes. Luce cansado ya sobre el promedio de la tarde. No ha ido en todo el día por la redacción de "Justicia". Cada día está menos conforme al frente de ese diario en que se sabe falto de consenso. Sabe más aún; esta polémica será la última desde adentro de las filas

Quien observe la escena, podría verlo a Don Anselmo seguir a cada momento al ocupante de la vieja mesa de Rodó. "Ya es todo un hombre", podría estar pensando desde esa lejanía que pone la vejez en el gesto de un hombre que no es ausencia y hasta puede llegar a ser una distancia cálida. Seguramente no se animará a preguntarle el por qué de comerse los limones en lugar de exprimirlos en el té. Es todo un hombre. Un catedrático, legislador, periodista famoso. Don Anselmo no se animará.

Frugoni vuelve a ponerse los lentes y mira la pila de libros. Cuánto necesita el tiempo para escribir crítica literaria. A menudo le ocurre y sin embargo no ha aprendido aún a coexistir con tamaña dispersión de intereses. Por momentos lo envuelve una cierta desazón. Casi mecánicamente abre el libro que está encima de la pila en una página cualquiera.

"Caronte: yo seré un escándalo en tu barca.
Mientras las otras sombras recen, giman o lloren,
Y bajo sus miradas de siniestro patriarca
Las tímidas y tristes, en bajo acento oren".

Levanta la vista con una sonrisa, una inclinación leve de la comisura de sus labios delgados que mueve el bigote espeso. Al cerrar el libro, aparece una portada que dice "Las lenguas de diamante", Buenos Aires, 1919, Juana de Ibarbourou. Prólogo de Manuel Gálvez. Debajo de él, está "El que vendrá", de reciente edición barcelonesa; "Raíz salvaje", de Horacio Quiroga y uno que le han entregado en esos días y ni siquiera ha comenzado a leer: "Crítica de la literatura uruguaya" de Alberto Zum Felde.

Toma la edición de "El Día" y repasa rápidamente el editorial. Sus ojos bajan nuevamente a la página cinco, en donde se anuncia, para el miércoles 16 de abril, decisivo congreso socialista en donde se deberá debatir la aceptación o no de las condiciones fijadas por Lenin para incorporarse a la Internacional Comunista.

Cierra con brusquedad el diario. Lo deja al costado y le da un rápido vistazo a los titulares de "La Nación" de Buenos Aires.

Abre el portafolio y saca un papel manoseado, doblado adentro de una carpeta. Está mecanografiado y luce borroso en algunas zonas. Título: "21 condiciones". Su rostro adquiere tono severo, de dientes

locadas por completo bajo la dirección del mismo, sin preocuparse si en este momento el partido en su conjunto, es legal o ilegal. Es inadmisible que empresas editoras abusen de su autonomía y realicen una política que no corresponde plenamente a la política del partido''.

Se detiene sobre la última frase, profusamente subrayada con rojo. Anota en el margen: ''centralismo rígido''. Prosigue leyendo.

''2) Toda organización deseosa de adherirse a la Internacional Comunista debe, regular y sistemáticamente, apartar de los puestos que impliquen la más pequeña responsabilidad en el movimiento obrero (organizaciones de partido, redacciones, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades) a los reformistas y centristas y reemplazarlos por comunistas probados, sin temor a tener que sustituir, sobre todo al principio, militantes experimentados por trabajadores salidos de las filas''.

Subraya nuevamente, por encima del rojo, con la tinta azul, ''comunistas probados''. Saca una flecha hacia el margen y escribe: ¿quién decidirá cuándo un comunista ya está probado? ¿Evidencia divina? Esto nos puede llevar a la catástrofe.

* * *

Al abrir la puerta, Nadiezda Konstantínovna ve a María A. Volodícheva. Lenin había sido enfático en que no quería dictarle hoy a la Fótieva. Sospecha de ella.

—Vladímir Ilich, ha llegado María Alexándrovna —dice su mujer desde la puerta.

Lenin da vuelta el rostro e intenta sonreír.

La mujer lo saluda y se queda de pie. Las manos juntas delante de su falda, sosteniendo la carpeta.

—Pase, pase. Tome asiento Alexándrovna —le indica el escritorio—. Bien, comencemos —dice—. ¿Ha mecanografiado lo que dictamos?

—Sí, aquí está —responde la mujer, alcanzándole un texto que lleva por título *''Cómo reorganizar la Inspección Obrera y Campesina''*.

—Bien, déjemelo. Hoy quiero dictarle otro texto. Diríjalo al ca-

Rigurosamente secreto.

Personal.

Con copia a los camaradas Kámenev y Zinóviev.

Estimado camarada Stalin:

Ha tenido usted la grosería...

La mujer levanta la vista. El rostro demacrado de Lenin, asiente con un leve movimiento y la insta a seguir.

—...de llamar a mi mujer al teléfono e insolentarse. A pesar de que ella le haya hecho saber que estaba dispuesta a olvidar todo lo que le había dicho, todo lo sucedido ha llegado a conocimiento de Zinóviev y Kámenev (que lo han sabido por usted). No tengo intención de olvidar tan fácilmente lo que ha sido hecho contra mi persona, y no tengo necesidad de decirle que lo que ha sido hecho contra mi mujer lo considero hecho también contra mi persona. Por tanto, le ruego reflexionar y hacerme saber si está dispuesto a retirar sus palabras y a excusarse o si prefiere romper las relaciones entre nosotros.

Con estima, Lenin.

5 de marzo de 1923.

Stalin se excusó al día siguiente de entregada la carta.

* * *

Frugoni detiene nuevamente la lectura. A los 41 años, se sabe en el umbral de otro paso trascendente en su vida política. Recuerda por un instante algunos momentos del año 94, en la trastienda del comercio de telas de su padre genovés, ubicado en 18 de Julio. Cada tarde al finalizar la jornada el grupo de amigos inmigrantes se reunía a jugar al tresillo y debatir la agenda del día. Cómo no tener presente a aquel gallego libertario y gritón, Domingo López y Cúneo, decisivo en su inicial complexión ideológica. No puede precisar de qué época data el recuerdo que le llega como un rayo. Fue en ocasión de uno de sus primeros discursos, quizá una asamblea obrera del Cerro. Cuando bajó del estrado, sudoroso y excitado, buscó entre todas, la opinión de aquel querido viejo cercano a su padre. Tras la felicitación por el contenido y la energía en el gesto, sobrevino la crítica: "Sólo una cosa mal mi amigo. Lo primero que hizo usted fue sacarse el sombrero; debe saber

que un anarquista no se descubre ante nadie".

Los caprichos de la memoria se lo llevan sin escala hasta 1904, más precisamente al mes de marzo. A fines de febrero había arribado a Salto en un largo viaje por barco a través del río Uruguay. El país vivía momentos decisivos tras el levantamiento de las fuerzas nacionalistas de Aparicio Saravia. Frugoni había llegado al batllismo a través de dos de sus amigos, Pedro Manini y Domingo Arena. Y en la mañana de ese dos de marzo integraría las huestes del general Justino Muniz a quien se le había encomendado la defensa de la ciudad salteña.

Saravia acababa de cometer uno de los más graves errores de su campaña y acampó desprevenido —pese a las recomendaciones de sus comandantes— a orillas del río Daymán, límite entre Salto y Paysandú. Frugoni recuerda el alazán que montó aquella mañana, en que el cielo plomizo amenazando lluvia lo vio transpirar un miedo nuevo, subírsele un coraje desconocido. Recuerda a Muniz ordenando la carga cerrada, sin táctica alguna, sabiéndose poseedor de la sorpresa. El objetivo era echar a los blancos contra el río, aplastarlos y recuperar el parque perdido en la batalla anterior de Fray Marcos. Cómo olvidar aquella niebla densa, la lluvia transformando todo en un lodazal y los Remington vomitando fuego en una siembra sórdida de muerte y dolor. Durísima batalla que estuvo muy cerca de ser la última y que acarreó centenares de bajas, fundamentalmente para los blancos. Poco tiempo después Frugoni pondría fin a su paso por el batllismo; la decisión tuvo un punto de anclaje en el horror de aquel enfrentamiento. Ningún país podría edificarse prisionero de tales primitivismos.

Vuelve a calzarse los lentes y prosigue la lectura. *"3) En casi todos los países de Europa y América, la lucha de clases entra en la fase de la guerra civil. En estas condiciones los comunistas no pueden tener confianza en la legalidad burguesa. Ellos están obligados a crear en todas partes un organismo paralelo e ilegal que en el momento decisivo ayude al partido a cumplir su deber hacia la revolución..."*.

Impacientismo exótico, anota en el margen. De ninguna manera la lucha ha llegado a este punto. Subraya estas últimas palabras con lápiz rojo.

* * *

Las primeras sombras de la tarde avanzan como lenguas. El sol ya está cayendo tras los edificios que trepan contra el cielo de la bahía de Montevideo. La actividad descendió bruscamente en la calle y la concurrencia de la confitería ha ido variando. Comienzan a llegar los empleados y profesionales que acaban de finalizar su jornada.

Frugoni relee un recorte de *Justicia*, firmado por Celestino Mibelli: *"Los socialistas sin condiciones, terminan como Thomas, Vandervelde, Branting, Guesde, Noske o Ebert, colaborando con las burguesías cuando no asesinando revolucionarios"*.

Once años atrás, habían compartido con Mibelli la primera campaña electoral juntos, en oportunidad de la alianza con el Club Liberal de Vaz Ferreira. Habían ganado dos bancas a la Cámara de Diputados, una de las cuales significó el ingreso del propio Frugoni a la diputación. También actuaron como diputados en la Constituyente de 1916-17 y ambos habían sido reelectos en 1919, para la legislatura en ese momento en curso. Sabía que no era lo mismo polemizar con Mibelli que con Eugenio Gómez. También tiene entre sus manos otro recorte que lleva la firma de éste: *"Si algunos se sienten incómodos dentro del Partido Comunista y se van, qué le hemos de hacer; no por eso debemos amedrentarnos. Los que se van, es porque no son realmente revolucionarios [...] O ellos o nosotros estamos de más. De un lado, bien dilucidadas las posiciones, deben estar los centristas y sus primos hermanos, los reformistas; del otro, los comunistas, los que aceptan las 21 condiciones, los* **ilusos**, *como nos llaman nuestros circunspectos adversarios"*.

Frugoni crispa el gesto y vuelve a subrayar. No es lo mismo Gómez que Mibelli. Sabe que no será lo mismo en el futuro. Ya lo había escrito en otro artículo que también tiene ahí adelante, *"La Internacional deberá ampliar sus bases y darles elasticidad"*.

Gómez tiene un estilo para polemizar que lleva las cosas a los extremos, es el líder perfecto para la etapa que está a punto de iniciarse. Es un fanático, piensa.

Toma unas hojas, las ordena rápidamente y comienza a escribir: *"Una separación es forzosa. Viejos compañeros con quienes he luchado y vivido intensas horas de entusiasmo y de fe comunes, impacientes por marchar bajo una bandera que no luce la querida inscripción de aquella en torno de la cual nos hemos congregado hasta hoy,*

seguir. Sus ideales son los míos, hoy como ayer; pero la forma en que se disponen a servirlos no puede contar con mi consentimiento. En nuestro medio, la causa de la revolución reclama todavía de nosotros, no el espíritu que divide a los militantes de un mismo ideal en aras de una estricta unificación urgente de concepciones tácticas, sino el espíritu que une, que mantiene vinculados para la obra inmediata a cuantos alientan las mismas aspiraciones cardinales".

Con el punto final, no puede evitar un suspiro de cierta congoja. Sabe que es también el punto final para una polémica que va a cerrarse con el congreso extraordinario del miércoles siguiente.

Decidido a no dejarse ganar por el estado de ánimo melancólico, llama al mozo, a Don Anselmo. Cambia un par de bromas rápidas. Paga la consumición mientras ordena sus papeles y se pone de pie. Toma el sombrero del perchero contra la pared. La gabardina, el portafolio; mira sus zapatos, luego de darle un apretón de manos a don Anselmo, y sale.

Ya anochece cuando se dirige a la redacción de Justicia para entregar el texto a los tipógrafos.

Luego de pasar por el diario se dirige lo más rápidamente posible a su casa. Ese dolor en la pierna retorna cada vez con más asiduidad. Apenas para justificar el bastón tan al uso entre los jóvenes románticos, como bromeó cierta vez. Sin embargo lo siente menos broma y más un achaque. Consulta el reloj de bolsillo. Deberá apurarse. Todo lo que esa maldita pierna le permita. María Rosa estará esperándolo impaciente. No se lo dice pero lo sabe; le molesta estar a expensas de él, de sus movimientos. El ignorar si no quedará prisionero de alguna asamblea obrera o de un imprevisto periodístico.

María Rosa es una buena organizadora de su retaguardia. Pero a todas luces siente el peso de la función. Y más que nada él mismo percibe algo que no se anima a denominar como rutina, cierto estado de ánimo sin aristas. Como si fuera un tema del que no se debe hablar. Quizá porque sospeche la inmediata contradicción que acecha. Ella podría quejarse y no lo hace. Y eso la sume aún más en el cono de sombra del eclipse. Ahora, en este preciso instante en que él se está apurando para llegar a la función del Solís a tiempo, la imagina probándose un vestido y otro frente al espejo, perfumándose, un poco más de colorete en la mejilla y él ni siquiera se está apresurando por ella. Ni siquiera

lo notará ni fingirá hacerlo. Su prisa se debe a la curiosidad por ver esa ópera prima de Juan León Bengoa que obtuvo el primer premio en el concurso de "Diario del Plata" y Librerías "Barreiro y Ramos".

No será una crítica más, lo sabe. El hecho de que la puesta en escena sea de la compañía española de Antonia Plana, es toda una garantía. Ya ha llegado al pie de los temibles 150 escalones que lo llevan hasta el tercer piso de su apartamento en Convención y San José.

El dolor en la pierna actuando como un reflejo indeseado se lo recuerda. Desde cierta lejanía acude también la imagen del médico a quien ha visto la semana anterior. Anticipándole con voz grave un problema circulatorio que seguramente será progresivo a lo largo de su vida y que le dificultará los movimientos. Por ahora era apenas una molestia incipiente, pero debía cuidarse. Particularmente subiendo y bajando escaleras. Que lo recordara, cada peldaño en subida equivalía a tres pasos. De ahí que nada pasaría si una vez subido, se daba la pausa necesaria equivalente a dos pasos más. Que no pretendiera acelerar el ascenso. A los síntomas corporales se los debe respetar. Pero justo ahora no había tiempo. Debía volar por esos escalones si no quería cometer la impertinencia de molestar a todo el mundo llegando tarde a la premiére del Solís.

* * *

El 16 de abril de 1921, se realizó el congreso extraordinario del Partido Socialista, presidido por Sanz y del que Frugoni finalmente no participó.

Se decide crear el Partido Comunista, aceptándose las 21 condiciones, por 1.007 votos contra 110, eligiéndose a Eugenio Gómez, secretario general.

Ese mismo día apareció en "Justicia" la nota final que Frugoni había escrito el lunes 14. La conciliación era imposible en medio de un clima irrespirable. La división que se abría, va a jugar en el futuro un fuerte papel en la sociedad uruguaya. Las palabras con que se anunció la separación del por entonces diputado Frugoni, así como del concejal Caramella, dan una idea del ambiente que envolvía todo: "Con esta mutilación, contenemos la gangrena oportunista que nos llevaba

Todavía no transcurrió el primer mes de un invierno que muestra su crueldad en los 35 grados bajo cero que soportan los habitantes de la ciudad de Gorki. La noche del 20 de enero de 1924 ya ha caído. Vladimir Ilich hace más de ocho meses que está impedido de hablar y sabe que va a morir. Pide lápiz y papel que siempre están al alcance en la mesa de luz. Nadiezda Konstantínovna se los entrega y lo ayuda a incorporarse entre los almohadones.

Trabajosamente, toma el lápiz entre los dedos de una mano izquierda que ya casi no obedece. Con garabatos indescifrables escribe: *"La ley de la vida", J. London.*

Krúpskaia no necesita detenerse a esperar más gestos. Sabe lo que Lenin quiere. Ama ese relato de la primera época del norteamericano. Sale de la habitación a buscarlo presurosamente en la biblioteca. En la sala se topa con el murmullo nervioso de los médicos y algunos dirigentes del partido que están llegando desde Moscú. Se cruza con la mirada de Förster, que le solicita novedades.

—Ha pedido un relato de Jack London —responde ella con el gesto delicado de quien no desea detenerse—. En el camino, aprovecha a dar rienda suelta a su angustia. Suspira una y otra vez. Afloja su tensión. Ubica el estante de los narradores anglosajones hasta llegar al polvoriento lomo azul de letras doradas: "El hijo del lobo". Si no recuerda mal, el relato integra esa serie. Sonríe levemente. Busca el índice con ansiedad. No, no está al final. Adelante de todo. Sí, efectivamente: "La ley de la vida", página 59. *"El viejo Koskoosh escuchaba con avidez..."* Apaga la luz del lugar sin fijarse en las caras que siguen sus movimientos desde la habitación contigua. Velozmente llegó otra vez junto a Vladimir Ilich. Cuánta tristeza le produce el rostro macilento, casi inmóvil del que ya no brotan palabras. Si embargo no ignora que ese leve movimiento de la comisura es toda una sonrisa. Un gran esfuerzo del hombre que ha amado, al verla llegar con esas tapas azules.

Ella asegura sus lentes sobre el caballete de la nariz. Aclara la voz con un suave carraspeo y comienza a leer. *"El viejo Koskoosh escuchaba con avidez. Aunque hacía mucho tiempo que la vista se le había debilitado, su oído seguía siendo agudo, y el más leve sonido penetraba en la centelleante inteligencia que todavía moraba tras las mustia frente, pero que ya no contemplaba las cosas del mundo..."*

Krúpskaia se detuvo un instante y espió por el rabillo. El rostro de Lenin había adquirido una extraña luminosidad. Tal como si solo

le restara recordar nuevamente al viejo Koskoosh, el antiguo cacique indígena cuya tribu dirige su propio hijo, "fornido y fuerte", que ya ha apilado la leña y se apresta a abandonarlo, como le ocurre a todos los viejos en cada invierno, cuando la tribu parte hacia tierras más benignas. Solo en la inmensa estepa blanca, el viejo Koskoosh, junto a una hoguera que indefectiblemente se apagará, memora los días buenos en que era *"dirigente de hombres y jefe de consejeros y había realizado grandes hazañas haciendo que su nombre resonara como una maldición entre los pelly"*.

"Recordó cómo él mismo había abandonado a su propio padre en un tramo elevado del Klondike". Hasta que de pronto, *"un hocico frío le roza la mejilla y el contacto hizo saltar su alma al presente"*.

Krúpskaia detuvo una vez más la lectura. No sabe cómo mantener su compostura. A medida que se aproxima el final que conoce de memoria, siente crecer una angustia que se abisma como un pozo sin límites. Jamás imaginó que la vida le reservaría ese recodo inesperado. A cada interrupción, Lenin gira la cabeza inquiriéndole su continuación. Ella cobra fuerzas vaya a saber de dónde y retoma el relato. Suspira antes de emprender el último tramo. En la habitación reina un silencio denso. *"Un hocico frío le rozó la mejilla y el contacto hizo saltar su alma al presente. Su mano se lanzó al fuego y arrastró una rama encendida. Sojuzgada un instante por su ancestral temor al hombre, la bestia retrocedió, lanzando a sus hermanos un prolongado llamado; y éstos respondieron con avidez hasta que en torno al viejo se extendió un anillo gris, agazapado, con hilos de baba en las mandíbulas. El anciano escuchó cómo se cerraba el círculo. Agitó el tizón con fiereza, y los olfateos se convirtieron en gruñidos; pero las fieras anhelantes se negaron a dispersarse. De pronto, uno avanzó con cautela, adelantando el pecho primero, arrastrando las ancas después; luego un segundo, y un tercero. Pero ninguno retrocedió. ¿Por qué habría de aferrarse a la vida? se preguntó, y dejó caer en la nieve el tizón ardiente. Este siseó y se apagó. El círculo gruñó inquieto, pero se mantuvo en su puesto. Koskoosh* [...] *dejó caer cansadamente la cabeza en las rodillas. Al final de cuentas, ¿qué importaba? ¿No era esa la ley de la vida?*

Krúpskaia no pudo evitar que el final le quebrara la voz. Impacientemente intentó devolver a su sitio el mechón de pelo que una y otra vez volvía a obstaculizar la vista ya borrosa de lágrimas que pugnan.

En un gesto impulsivo se arrojó a llorar sobre el pecho de su esposo, bajo el que todavía repicaba un corazón debilísimo.

Una mano izquierda huesuda y venosa se levantó pesadamente e intentó acariciar el cabello encanecido cayendo en desorden, fuera del control de broches que buscaban aprisionarlo.

Hubo un instante de silencio en la habitación contigua. Inmediatamente comenzaron a ingresar rostros graves de gesto severo. En las últimas horas habían terminado de llegar los miembros del buró político. Rápidamente se formó un semicírculo rodeando el lecho de Lenin, en donde resaltaban la fisonomía de sus últimos compañeros de ruta: Stalin, Trotsky, Kámenev, Zinoviev, Bujarin...

La mujer odió ese instante con toda la intensidad con que amaba al hombre que iba a morir. Intentó reunir fuerzas para pedir la intimidad que sentía necesitar. Pero sólo sacó de su pecho un sollozo mayor. Los dedos cerosos le reservaban una última fricción. Ya no pudo contener el llanto.

Unas horas más tarde, Lenin entró en un coma profundo y a las 18.05 del 21 de enero de 1924 admitió quedamente, la ley de la vida.

* * *

El 22 de enero de 1924, el anochecer arrastra una leve brisa que trae olores marinos desde el río. Las pequeñas olas rompen mansas unas cuadras más allá de ese hotel de la ciudad de Colonia.

Verdadero alivio a la canícula, esa brisa acaricia los cuerpos castigados por el sol. En la terraza del primer piso, el doctor Emilio Frugoni acaba de jugar su alfil negro a la posición tres caballo dama, poniendo en jaque al rey del doctor Martín Echegoyen.

Suelen encontrarse los veranos en el mismo hotel y alternan ajedrez con la charla política. Unas mesas más allá, las esposas conversan animadamente mientras hojean revistas europeas.

En el preciso momento en que se encienden las luces externas, un mozo llega apresuradamente a informar que desde Montevideo hay una llamada urgente para el Dr. Frugoni. Tras la solicitud del consabido permiso a su contrincante, Frugoni apresura el paso hasta llegar a la conserjería, en donde lo espera el tubo descolgado.

—Bien, bien. ¿Cuándo fue?

...

—Ajá. Bien. En principio pienso que no nos hace variar los planes para el número del sábado. Igualmente déjemelo pensar.

...

—Claro, seguimos con la idea de titular con la asunción de los laboristas en Gran Bretaña. ¿Se consiguieron fotos de Mc Donald? Perfecto. ¿Y de alguno de los ministros también? ¡Excelente labor! Bueno, de todas maneras resérveme unas 90 o 100 líneas para una nota sobre Lenin. Mañana a esta hora lo llamo y se la dicto.

...

—Otra cosa, dígame ¿se enteró cuándo va a escribir Batlle sobre el tema?

...

—No. Ni Gómez ni Justicia me interesan. Quiero saber cuándo sale en El Día.

...

—Claro, estoy de acuerdo. No creo que lleguen a la edición de mañana. Seguramente va a ir en la edición del jueves 24.

...

—Bien, quedamos así. Mañana lo llamo.

De retorno a la mesa, Echegoyen advierte la magnitud de la noticia por el semblante sombrío.

—Murió Lenin —informa Frugoni en tono pensativo.

—Bueno. Esto se esperaba desde hace varios meses ¿no?

—Y sí... de todas meneras la novedad golpea. No me va a decir que es lo mismo el mundo sin Lenin.

—No, no. Claro que no. Dentro de todo, la figura de Lenin fue un factor de moderación.

—Sin duda.

—¿Y a usted qué le parece que debemos esperar ahora? —pregunta Echegoyen, cruzando sus piernas y dando la partida por terminada.

—Y... quizá sea un poco prematuro opinar en este momento... pero va a depender mucho de qué actitud asuman los demás países europeos. La Italia de Mussolini me preocupa.

—La Gran Bretaña de Mc Donald le gusta, en cambio.... —se sonríe Echegoyen.

—¡Cómo no! La edición de "El sol" del sábado está dedicada al

gobierno laborista...

—¿Pero cómo? ¿No piensa hacer una edición para Lenin?

—Creo que no. Lo voy a decidir mañana. Pero en principio habrá un nota en la página dos y nada más.

—Eso no se lo van a perdonar sus hermanos de clase...

—No se preocupe, doctor. En todo caso son rencillas de familia.

—Discúlpeme si lo herí en su sensibilidad...

—Por favor, ya sé que usted está dolido por ese mate en cuatro jugadas del que lo salvó la campana.

—No se crea. No se crea— dijo Echegoyen sonriente y distendido mientras se paraba—. Habrá que irse preparando para la cena. ¿no?

Ambos hombres se paran y van al encuentro de las dos mujeres que ríen despreocupadamente ante un audaz modelo francés.

María Rosa Barreto no puede evitar una vez más, el gesto de acritud que ha reiterado durante los 19 años que conoce a su esposo, cuando éste toma uno tras otro los pedazos de limón para comérselos.

Para ella es como si lo sintiera en su propio paladar. No puede remediarlo aunque ya haga mucho tiempo que ni se lo comenta. El tampoco la mira pero podría describir el gesto de memoria.

La temperatura a las 14 horas del mes de enero de 1924, oscila alrededor de los treinta grados y sólo dan ganas de estar en la piscina. Ahí estarían si no fuera porque recién han terminado de comer y los dos respetan al extremo la norma que obliga a poner una distancia de dos horas entre la digestión y el baño de inmersión.

Pero, además, Frugoni deberá escribir la nota que, prometida en un comienzo para el día anterior, prefirió postergar hasta después de leer el editorial de Batlle.

Precisamente en ese momento, un mozo jadeante que previamente ha secado con el pañuelo la transpiración de su frente, llega con el paquete de la correspondencia diaria desde Montevideo. Frugoni agradece, toma el paquete y lo desata con cierta ansiedad interior que para nada revelan sus gestos medidos. Sonríe al ver un sobre que dice en su exterior *"Poemas montevideanos" (pruebas de galera)*. Es su quinto poemario que saldría a la venta en unos meses más. Varias cartas, entre ellas una con matasello italiano. La remite Felipe Turati, el legislador socialista. La va a abrir de pura curiosidad, pero recuerda antes el deber y prosigue revisando hasta llegar a los diarios de la jornada. En-

cuentra "El Día" y lo abre hasta encontrar el título que busca. Con un gesto que revela asombro, labios levemente apretados y un lento cabeceo, lee: *"De pie: murió Lenin"*.

Enfatiza la severidad del semblante al encarar velozmente el texto:

"El fallecimiento del jefe del comunismo ruso es un acontecimiento que pone de inmediato en segundo término a todos los demás que ocurren en el mundo. Podrán tenerse ideas muy adversas a las que sustentaba este apóstol de mejores aunque irrealizables devenires, pero no se podrá negar que con él se extingue un magnífico ejemplar humano, uno de esos personajes apasionantes que dan significación a toda una época y sirven para fijarla en la historia. [...]

Mejor de lo que podemos hacerlo nosotros hoy, lo juzgará la posteridad ya que pasará un tiempo todavía antes de que puedan verse claros los resultados de su obra. De cualquier modo desaparece con Lenin un hombre excepcional ante cuya tumba, prematuramente abierta, sería pueril no descubrirse con respeto".

Bebe otro sorbo de té, mientras deja el diario con una sonrisa.

Pide disculpas a su esposa mientras cierra nuevamente el paquete y se dirige a su pieza. Abre un cierto ángulo la celosía para dejar entrar algo de luz y prepara el mazo de hojas blancas.

"Gran figura la de Nicolás Lenin. Sin duda la más interesante surgida en el escenario de la historia en los últimos veinte años. Su muerte enluta el espíritu del proletariado universal que ve en él, por encima de las diferencias de doctrina y de criterio táctico, una de las más fuertes personificaciones de la idealidad revolucionaria, y todo un símbolo de los tiempos nuevos.

Lenin fue, sobre todo, un hombre de acción, de enérgica voluntad, que no dejó esterilizarse sus arraigadas convicciones, sino que hizo de ellas una fuerza avasalladora.

Su fe en el triunfo de la causa del proletariado era tan grande como su audacia para luchar contra todos los obstáculos que se oponían a la realización de su idea. [...]

En el partido bolsheviki él representaba, desde hace mucho tiempo, la tendencia moderada, o práctica. Su desaparición será tanto más sentida porque el irreparable suceso se produce cuando más falta hacen

los hombres como él para llevar adelante en todo el mundo la obra de la revolución proletaria, que en cada país toma formas propias, y la lucha contra la reacción capitalista".

Secó nuevamente su transpiración tras el punto final y antes de ceder a la somnolencia de la siesta, ordenó las hojas para esperar la ya pedida llamada a Montevideo y dictar la nota para el cierre.

Volvió a mirar su vieja letra desgarbada y temió por él mismo cuando en un rato más estuviera descifrándola.

El conserje ha llamado a la puerta. La llamada al número 3645 de la central *La Uruguaya* en Montevideo, está esperándolo.

Tras unos quince minutos finalizó el dictado del artículo.

...

—Sí, va sin firma, como todos los que escribo.

...

—Ah, el título... póngale Nicolás Lenin.

...

—Sí, a secas.

INDICE

Entre la literatura y la historia 7
Jam session en la Posta del Angel, Nico Pérez 15
Desempate 24
El último fervor 31
James Mabry 37
La voz del presidente 40
Lenin, a secas 43
Intruso 62
Custer y Bernabé en el país del Uru 67
El cuadro 71

Se terminó de imprimir en **prisma ltda.**, gaboto 1582, Montevideo
en el mes de noviembre de 1990. Edición hecha al amparo del art. 79
de la ley 13.349 (Comisión del Papel) D.L. 249.965/90

El presente volumen de cuentos, fue distinguido con el Primer premio en la categoría Narrativa inédita, del concurso organizado por la Intendencia Municipal de Montevideo, para la producción del año 1989.

El jurado integrado por Jorge Albistur, Oscar Brando y Hugo García Robles, destacó "la excelencia de su escritura y el sólido trenzado entre la base documental y la ficción literaria".

Los tres cuentos que se incluyen al final del volumen, forman parte del libro "Custer y Bernabé en el país del Urú", con el cual el autor obtuvo el primer premio (compartido) del Concurso de Narrativa inédita organizado por la Editorial TAE, en su versión 1988. Integraron el volumen "Cuatro cuentistas cuentan", que dicha editorial lanzó con tal motivo, en el mes de diciembre de 1988. El jurado, estuvo integrado por Silvia Lago, Mercedes Rein y Omar Prego.

EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL